

HOMILIA(*)

Baltazar Porras Cardozo ()**

“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”

Nos congrega en este vetusto templo catedralicio la suave exigencia de la caridad que nos impele a ser agradecidos con quien ha sembrado el bien; cumplimos también con el apremiante llamado del Santo Padre Juan Pablo II de dar cuenta cabal de los testigos de la fe del siglo XX. El domingo pasado, 22 de septiembre se cumplieron los cien años del nacimiento de quien en vida se llamó José Humberto Quintero Parra; vio la primera luz en Mucuchíes, la cabecera de municipio más elevada de la cordillera andina; y ocupó esta sede primada de Caracas como su duodécimo arzobispo, teniendo, además, el privilegio de ser el primer purpurado venezolano. Por él, venimos a orar. De él, queremos aprender, su amor y entrega total a la Iglesia y a la patria, al sacerdocio y a los fieles, a la palabra y al arte.

El Eminentísimo Señor Cardenal Velasco, su sucesor, quien preside esta celebración en el afecto, en unión de sus Obispos Auxiliares, Cabildo, Clero y Fieles de esta Arquidiócesis, ha querido que las conmemoraciones centenarias arquidiocesanas se inicien con esta Eucaristía, para pedir por su eterno descanso y recoger de sus muchas virtudes el fruto de su ejemplo para bien de las actuales y futuras generaciones.

Atendiendo su fraterno encargo presido esta Eucaristía. No ostento otro título que la benevolencia del actual Arzobispo, y la gracia de haber sido el primer seminarista que fungió de “familiar” del entonces recién creado cardenal. ¡Cuántas veces me tocó sostenerle la imponente cauda, trabajo nada fácil porque cualquier descuido era equiparable, nada más y nada menos que a darle un fuerte empujón a su eminencia; y estar aquí, en este mismo presbiterio

(*) Pronunciada por el Excmo. Mons. Baltazar Porras Cardozo en la Santa Misa de apertura del Año Centenario del Nacimiento del Emmo. Sr. Cardenal José Humberto Quintero.

(**) Socio Correspondiente en el Estado Mérida.

detrás de él, junto al Capellán el Padre Alegretti y al Gentilhombre, el Dr. Miguel Torres Ellul! ¡Cuántas veces, antes de salir del Palacio Arzobispal, mientras se fumaba su último cigarrillo acotando que era un mal ejemplo que yo no debía imitar, me leía algún trozo del discurso que iba a pronunciar minutos después! Su seriedad, recogimiento y piedad, agigantaban en mi mente juvenil la majestuosidad de aquellas ceremonias preconciarias, que escondían en el rico pan de su palabra fácil, el sabroso aderezo que hacía crecer en mí la admiración hacia él y el amor por la eucaristía y el sacerdocio.

José Humberto Quintero llega a Caracas precedido de bien ganada fama y no poca expectativa. Sucedió a otro gran arzobispo, cuatro años más joven que él, muerto trágicamente cuando estaba en el cenit de su vida y de su obra, con quien había trabado amistad desde los lejanos años de estudiante. Eran, además, años difíciles en la andadura de construir una democracia, llena de nubarrones por las asonadas, la lucha ideológica de los años de la guerra fría y la compleja situación interna.

El Prelado merideño era, en ese momento, el eclesiástico de mayor prestigio en el país. Hombre maduro, de 58 años de edad, 34 de sacerdocio y 7 de Arzobispo Coadjutor. Portaba consigo una hoja de servicios desarrollada toda ella en la Arquidiócesis de Mérida pero con proyección en todo el territorio nacional. El mismo afirmó en diversas oportunidades que el ritmo y los avalares de la capital le eran extraños. Fue uno de los mejores oradores de su tiempo en el que brillaron con luz propia hombres de la talla de Mons. Pellín, Mons. Pibernat, Mons. Lizardi, el Padre Sánchez Espejo, el Padre José León Rojas, Mons. Olegario Villalobos, para no citar sino algunos de mayor popularidad. Ajeno a las enojosas cuestiones políticas no podía ser catalogado cercano a ningún bando, asunto importante entonces, porque todavía existía el anacrónico patronato eclesiástico. Sus numerosas publicaciones y su vasto dominio de las artes lo catalogaba como uno de los intelectuales de primera línea. Y en el desempeño de sus funciones ministeriales tenía muchos años al lado de un patriarca venerado, Mons. Acacio Chacón Guerra. De él había aprendido a conducir una diócesis, y con él compartía desde hacía treinta años, asuntos de Curia, Visitas Pastorales, la construcción de la catedral e infinidad de cuestiones a lo largo y ancho de la extensa arquidiócesis andina que comprendía entonces los Estados Trujillo, Barinas y Mérida.

El país estaba superando apenas una década de dictadura. El gobierno gozaba de amplio respaldo político popular, pero la endemia latinoamericana de levantamientos y luchas ideológicas extremistas, bullía por doquier. El virus del anticlericalismo hacía su furia con escándalos y calumnias que hacían pesada la atmósfera de la convivencia ciudadana. En lo eclesial, se iniciaba un proceso que no tenía todavía rostro definido. El Papa Juan XXIII acababa de convo-

cado un Concilio universal y se estaba apenas en la fase inicial preparatoria. Era, pues, un momento multicolor pero esperanzador. Acostumbrados como estábamos los seminaristas del Interdiocesano de entonces a las visitas semanales del anterior Arzobispo, recibimos alborozados al nuevo ductor. La sorpresa y la alegría fue mayor, porque la víspera del inicio de las misas de aguinaldos, nos sorprendió la noticia de que el Papa convocaba a consistorio para nombrar nuevos cardenales, entre los que estaba por primera vez un venezolano. El regalo que nos otorgó el neopurpurado fue el permiso para ir de vacaciones de navidad a la casa, prebenda que se otorgaba por primera vez en el varias veces centenario Seminario caraqueño.

En un improvisado acto cultural los seminaristas agasajamos a nuestro Arzobispo-cardenal. No sé por qué razón, el Padre Rector le encomendó a quien les habla, dirigir la palabra en nombre de sus compañeros al visitante neopurpurado. Dedicué mi inmaduro discursito a exaltar la figura del obispo, tomando, mejor copiando al pie de la letra, trozos de discursos de Mons. Lizardi y de Mons. Quintero. La excelente memoria de que gozó el Cardenal, lo llevó a felicitarme con estas palabras: *"lo hiciste muy bien, porque copias muy bien!"*.

Esta pincelada de su personalidad y de su tiempo no son ajenas al momento de oración que nos congrega. Son el marco histórico y vital de quien tuvo que regir esta Iglesia en la década más compleja y difícil de todo el siglo XX. La década de los sesenta. En ella se plasmó la labor del Cardenal Quintero. El "hágase tu voluntad" escogido como lema por el nuevo arzobispo para "trazar de manera sintética el programa de sus actividades en el ministerio pastoral", fue cruz y gloria, pasión y resurrección, espiritualidad plena en el desempeño de su pastoreo.

No creo exagerar si afirmo que el principal legado de Mons. Quintero a la Iglesia, mejor a toda la sociedad venezolana, fue su empeño en superar las lacras del viejo patronato eclesiástico. Librar de esas cadenas a la Iglesia y liberar al Estado de una prerrogativa que no le correspondía, es un don muy preciado. La firma del Convenio del Estado Venezolano con la Santa Sede, culminada en 1964, fue paciente labor de muchos, pero tuvo entre uno de sus orfebres más finos, al Cardenal Quintero. A pesar de ser un documento de alguna manera preconciiliar, pues no se había delineado lo que hoy es praxis común de la Santa Sede-, no hay rastro allí de ningún artículo que pueda ser catalogado de privilegio para la Iglesia Católica sobre cualquier otro grupo. Está en el justo medio. Fue concebido para una Iglesia servidora no para una Iglesia que venía a servirse de. Con ello podía hacer gala el cardenal del lema de su escudo episcopal. Es este tratado bilateral una lección de equilibrio, de justicia, de igualdad real, de libertad auténtica de religiones y cultos; en momentos en que se pretende introducir y aprobar proyectos de leyes sobre la materia que adole-

cen de equidad al buscar dar al Estado funciones que no le corresponden, es muy conveniente sopesar lo beneficioso de su aplicación.

“Hágase tu voluntad” fue también su empeño por las vocaciones y los sacerdotes. La creación del Seminario San José para las llamadas entonces vocaciones adultas, la creación de parroquias, las novedosas vicarías de religiosas en los barrios, la afiliación del Interdiocesano a la Pontificia Universidad Javeriana para la obtención de títulos académicos, el envío de seminaristas a estudiar en nuestras universidades y en el extranjero, son también parte de su legado espiritual y pastoral. Todo ello en el marco de las reformas que promovió el Concilio Vaticano II. Cuando sentía que sus fuerzas o su universo mental no estaba para dirigir directamente dichos asuntos, los cedía a otros, para que fueran ellos los protagonistas de un proceso al que tenía que ser fiel, por ser hijo obediente de la Iglesia.

“Hágase tu voluntad” fue su sensibilidad social, expresada a través de los tradicionales caminos de la ayuda generosa para resolver la escasez de vivienda de un grupo de trabajadores de dependencias de la Iglesia. Así nació la urbanización Juan XXIII en Caricuao.

“Hágase tu voluntad” fue también la andadura de la Conferencia Episcopal durante la primera etapa postconciliar. De itinerante y desarticulada pasa por una etapa de transición, la que le correspondió timonear, para abrir el surco a lo que fue más tarde. Supo rodearse de colaboradores disímiles pero complementarios. Desde su despacho, en el viejo palacio arzobispal, se reía al darse cuenta que había varias reuniones distintas y dispares; no sabía como iban a terminar, pero confiaba en la capacidad de sus segundos y tenía la convicción de que al reunirse luego con él, saldría humo blanco, porque, decía, “el Espíritu puede más que nosotros y hay que dejarlo que sople”.

“Hágase tu voluntad”, fue la lectura que hizo del cuatricentenario de Caracas y del terremoto del año 67, separados apenas por cuatro días, que permitió, así son los caminos de Dios, remodelar concienzudamente este templo colonial. Su experiencia y tino en esta materia le ayudó a ser fiel a los cánones de nuestro sencillo arte y de las nuevas exigencias espaciales postconciliares. Es un capítulo no estudiado en profundidad para conocer no sólo la evolución de esta catedral, sino para tener pedagógicas referencias de cómo se debe actuar en casos similares.

“Hágase tu voluntad”, fue la delicadeza de su espíritu y la escasa autoestima de sus capacidades para conducir la grey. Hombre pacífico por naturaleza, se sentía abatido ante los conflictos. La verdad y la responsabilidad le exigían no hacer concesiones fáciles, pero tampoco le ocultaban el trato fino y paternal

que debía a todos. Por ello, prefirió encerrarse en su mundo interior antes que permitirse herir o faltar a la caridad. Ello minó su alma y su entusiasmo pero mantuvo una gran entereza espiritual. En ocasión de sus bodas de oro sacerdotales escribió: “En las horas casi siempre secretas de angustia, de duda, de tribulación, de dolor que no me han faltado en este medio siglo, he sentido íntimamente tu auxilio que me ha infundido valor, resignación, equilibrio y serenidad”. También confesó públicamente, en ocasión de sus veinticinco años de consagración episcopal: “Junto con la memoria de estos favores que he enumerado, en mi mente surgen otros recuerdos: el de mis faltas y pecados, el de mis frecuentes negligencias en vuestro servicio, el de mis numerosas omisiones en el cumplimiento de los deberes episcopales, el de mis desaciertos en el ejercicio de la autoridad eclesiástica. Todos esos desaciertos, omisiones, negligencias, pecados y faltas reconocen por causa mi soberbia, mi egoísmo, mi repugnancia a cuanto imponga dolor o fatiga. Para todo esto, sólo me queda recurrir a vuestra bondad infinita en demanda de perdón y misericordia”. Estas palabras que eran sinceras iban unidas a su asidua recepción del sacramento de la reconciliación para lo que hacía lo visitara frecuentemente su confesor el capuchino Fray Indalecio de Santibáñez.

“Hágase tu voluntad”, fue la decisión tomada en 1972 de renunciar a la mitra caraqueña cuando aún no había cumplido la edad canónica. Tenía tan solo setenta años y le quedaban cinco de gobierno episcopal. ¡Esta rara virtud se encuentra poco en estas latitudes! No sólo las dolencias físicas y la enfermedad coronaria marcaron su decisión. En ello hubo algo heroico. Abrir los espacios para que otros encontraran solución a complejos problemas que él no se sentía con ánimo de afrontar. Quienes estuvimos cerca de sus cuitas jamás le oímos una palabra de amargura o un deseo de intromisión en las decisiones de otros. Su retiro casi monástico fue el mejor ejemplo de una vida entregada a la oración, a la lectura, a arreglar papeles, a recibir a los amigos, a prepararse para la muerte como buen cristiano.

Tuve la gracia de gozar de una cercanía física y afectiva más asidua de la persona de Su Eminencia en los últimos seis años de su vida. Su proceso interior se me antoja caminó en una doble dirección: de una parte, la pérdida de ilusión e incentivos lo llevó a un deterioro físico y anímico creciente. Por otra, su pasión por la Iglesia, la Patria, la verdad y el bien seguían estando presentes en él con viva fuerza. La oración fue su sostén y la chispa de esperanza que acompañaba su respirar. Su deseo más íntimo era que no quedara enterrada la lección perenne de la historia que es ser maestra de vida. Por eso, me leía con fruición sus viejos cuadernos manuscritos en los que están pinceladas incompletas de lo que las futuras generaciones deben saber. Mucuchíes, Mérida y Caracas, junto a infinidad de personas y sucesos, aparecían en su imaginación con vivos rasgos en los que unía como en una sinfonía todos los tiempos de su

vida. Quería para todos lo mejor. La Iglesia en sus obispos, sacerdotes, hombres y mujeres de la tierra afloraban como brotes sobre los que debía cimentarse la fe y la esperanza de todos. Me mandó llamar para estar junto a su lecho en los últimos días de su larga vida de octogenario. Todo en él era serenidad, fe y confianza, en Dios y la Virgen. Me decía que soñaba en que los quedábamos fuéramos fieles a la misión recibida. Entregó su espíritu con una quietud pasmosa. Se apagó como las lámparas votivas que velan los sagrarios. Cuando lo vimos agonizar el Cardenal Lebrún junto con Mons. Roa comenzó a desgranar una oración a la que respondían quedos sus seres más allegados. Yo recordé que en alguna oportunidad él me había dicho que a lo único que le temía era a morir ahogado por el enfisema herencia de su hábito de fumar. No fue así. Seguramente la Virgen le otorgó ese don para musitar en su subconsciente la plegaria a la María que le fue tan cara: “Monstra te esse matrem”... y como no dudaba en ser oído su corazón se llenó de filial confianza.

Aquí, junto a su tumba ofrecemos el sacrificio Eucarístico. En el mismo altar donde tantas veces celebró ponemos junto al pan y el vino el suave olor de sus buenas obras. Al pie de su tumba, a donde iremos al final del rito sagrado, pondrá Su Eminencia un ramo de flores acompañado por la plegaria del Responso. No nos queda sino dar gracias a nuestro buen Dios por haberle regalado a Venezuela un gran humanista, un patriota a carta cabal, un sacerdote ejemplar, un obispo sabio y el primer cardenal de este pueblo católico. ¡Gracias, Señor, por su vida, por su ejecutoria, por su testimonio! ¡Concédenos la gracia de aprender de él sus virtudes y desechar sus imperfecciones! Que así sea.